2. Preparativos para la construcción del templo

Review and Herald, 24 de agosto de 1905

EN el momento en que David encomendó a Salomón los asuntos del reino y la gran obra de la construcción del templo,

«Reunió a todos los príncipes de Israel, los príncipes de las tribus, y los capitanes de las compañías que servían al rey por turno, y los capitanes de millares, y los capitanes de centenas, y los administradores de todas las posesiones y bienes del rey y de sus hijos, junto con los oficiales, y con los hombres valientes, y con todos los hombres esforzados, en Jerusalén». (1 Crónicas 28: 1)

En presencia de los hombres representativos que asumían la responsabilidad del gobierno en todo el reino de Israel, David entregó su encargo final. Sostenido por el poder que acompaña la inspiración divina, les habló de su propio deseo de construir el templo, y del mandato del Señor de que la obra fuera encomendada a Salomón su hijo. La divina seguridad fue:

«Salomón tu hijo, él edificará mi casa y mis atrios; porque yo lo he escogido para que sea mi hijo, y yo seré su padre». (1 Crónicas 28: 6)

El rey David, en los años de su prosperidad, había provisto una abundancia de los materiales más costosos —oro, plata, piedras de ónice y piedras de diversos colores; mármol y las maderas más preciosas— para ser usados en la construcción del templo. Él entregó estos valiosos tesoros a Salomón.

Sé fuerte y hazlo

David dio a Salomón detalladas instrucciones para la construcción del templo, con los planos de cada parte y de todos sus instrumentos de servicio, tal como le había sido revelado por inspiración divina. Estas instrucciones, dadas con tanta precisión, no fueron dejadas a la traicionera memoria para ser recordadas, sino que fueron escritas cuidadosa y minuciosamente, y conservadas para la guía de los constructores.

Salomón era aún joven, y se encogía ante las pesadas responsabilidades que recaerían sobre él en la edificación del templo y en el gobierno del pueblo de Dios. Pero David le dijo:

1 Crónicas 28

«Esfuérzate y sé valiente, y hazlo; no temas ni te desmayes [por la magnitud de los planes], porque Jehová Dios, mi Dios, estará contigo; él no te dejará ni te desamparará». (1 Crónicas 28: 20)

«Jehová te ha escogido para edificar casa para el santuario; esfuérzate, y hazlo». (1 Crónicas 28: 10)

Ofrendas voluntarias

De nuevo David apeló a la congregación:

1 Crónicas 29

«Salomón mi hijo, a quien Dios ha escogido solo, es aún joven y tierno, y la obra es grande; porque la casa no es para hombre, sino para Jehová Dios». (1 Crónicas 29: 1)

«Yo he preparado con todas mis fuerzas para la casa de mi Dios»,

—declaró, y luego enumeró los materiales que había reunido. Más que esto, dijo: (1 Crónicas 29: 2)

«Además, por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata, lo cual he dado para la casa de mi Dios, además de todas las cosas que he preparado para la casa santa».(1 Crónicas 29: 3)

«Tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata refinada, para cubrir las paredes de las casas». (1 Crónicas 29: 4)

«¿Quién, pues?», preguntó a la multitud reunida que había traído sus generosos dones— «¿Quién, pues, quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?». (1 Crónicas 29: 5)

Hubo una respuesta inmediata de la asamblea.

«Los jefes de los padres y los príncipes de las tribus de Israel, y los capitanes de millares y de centenas, con los oficiales de la obra del rey, ofrecieron voluntariamente».(1 Crónicas 29: 6)

«Y dieron para el servicio de la casa de Dios, de oro cinco mil talentos y diez mil dracmas, y de plata diez mil talentos, y de bronce dieciocho mil talentos, y de hierro cien mil talentos».(1 Crónicas 29: 7)

«Los que tenían piedras preciosas, las dieron para el tesoro de la casa de Jehová…».(1 Crónicas 29: 8)

«Y el pueblo se alegró por haber ofrecido voluntariamente, porque de todo corazón ofrecieron a Jehová; y asimismo el rey David se alegró con gran alegría».(1 Crónicas 29: 9)

Una oración de acción de gracias

«Por tanto, David bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, Jehová Dios de Israel nuestro padre, desde la eternidad y hasta la eternidad». (1 Crónicas 29: 10)

«Tuya es, oh Jehová, la grandeza y el poder y la gloria, la victoria y la majestad; porque todo lo que está en los cielos y en la tierra es tuyo. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todo». (1 Crónicas 29: 11)

«Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y dar poder a todos». (1 Crónicas 29: 12)

«Ahora pues, Dios nuestro, nosotros te damos gracias, y alabamos tu glorioso nombre». (1 Crónicas 29: 13)

«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos ofrecer tan voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos». (1 Crónicas 29: 14)

«Porque nosotros, extranjeros y advenedizos somos delante de ti, como todos nuestros padres; y nuestros días sobre la tierra, cual sombra que no permanece». (1 Crónicas 29: 15)

«Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificarte casa a tu santo nombre, de tu mano procede, y todo es tuyo». (1 Crónicas 29: 16)

«Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada. Por eso yo, con la rectitud de mi corazón, voluntariamente te he ofrecido todas estas cosas; y

ahora veo con alegría a tu pueblo, que está aquí presente, que te ofrece voluntariamente». (1 Crónicas 29: 17)

«Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad en el corazón de tu pueblo, y encamina su corazón a ti». (1 Crónicas 29: 18)

«Y da a mi hijo Salomón corazón perfecto para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas estas cosas, y edifique el palacio para el cual yo he hecho provisión». (1 Crónicas 29: 19)

«Después dijo David a toda la congregación: Ahora bendecid a Jehová vuestro Dios. Y toda la congregación bendijo a Jehová Dios de sus padres, e inclinaron sus cabezas y adoraron a Jehová». (1 Crónicas 29: 20)

De lo tuyo te hemos dado

Con profundo interés, el rey había reunido los ricos materiales para edificar y embellecer el templo. Había compuesto los gloriosos himnos que en años venideros resonarían en sus atrios. Ahora su corazón se alegraba en Dios, al ver cómo los jefes de los padres y los príncipes de Israel respondían tan noblemente a su llamado, y se ofrecían a la importante obra que tenían ante sí. Y al prestar su servicio, se mostraron dispuestos a hacer más. Aumentaron las ofrendas, dando de sus propias posesiones al tesoro.

David había sentido profundamente su propia indignidad al reunir el material para la casa de Dios; y la expresión de lealtad en la pronta respuesta de los nobles de su reino, que con corazones dispuestos dedicaron sus tesoros a Jehová y se consagraron a su servicio, lo llenó de alegría. Pero fue solo Dios quien había impartido esta disposición a su pueblo. Él, no el hombre, debía ser glorificado.

Fue Él quien había provisto al pueblo las riquezas de la tierra, y su Espíritu los había dispuesto a traer sus cosas preciosas para el templo. Todo era del Señor; si su amor no hubiera conmovido los corazones del pueblo, los esfuerzos del rey habrían sido en vano, y el templo nunca se habría erigido.

Todo lo que el hombre recibe de la generosidad de Dios todavía pertenece a Dios. Todo lo que Dios ha concedido en las cosas valiosas y hermosas de la tierra

es puesto en manos de los hombres para desarrollar y probar el carácter, para sondear las profundidades de su amor por Él y su aprecio por sus favores. Ya sean tesoros de riqueza o de intelecto, deben ser depositados, como una ofrenda voluntaria, a los pies de Jesús; el dador diciendo, mientras tanto, con David:

1 Crónicas 29

«Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos». (1 Crónicas 29: 14)

Es un honor concedido al hombre que Dios le confíe las riquezas de la tierra, y esto se hace para que pueda cooperar con Dios usando estos preciosos dones en el avance de la obra del Señor en la tierra. Ninguno de nosotros puede prescindir de la bendición de Dios, pero Dios podría hacer su obra sin la ayuda del hombre, si así lo quisiera.

Pero este no es su plan; Él ha dado a cada hombre su trabajo, y confía en los hombres como sus mayordomos con tesoros de riqueza y de intelecto. Todo lo que le entregues a Dios se imputa a tu cuenta como mayordomo fiel, por su misericordia y generosidad. Pero ten siempre presente:

«…de lo recibido de tu mano te damos».

Esto no es una obra de mérito por parte del hombre. Por maravillosos que sean los poderes y habilidades del hombre, él no posee nada que Dios no le haya dado, y que no pueda retirar si estos preciosos indicios de su favor no son apreciados y aplicados correctamente.

Los ángeles de Dios, con percepciones no nubladas por el pecado, reconocen los dones del Cielo como concedidos para que puedan ser devueltos de tal manera que aumenten la gloria del gran Dador. Que uno use estas capacidades dadas por Dios para la autosatisfacción o para promover su propia gloria, deshonra al Creador.

Hermanos y hermanas en Cristo, Dios llama a la consagración a su servicio de cada facultad que Él les ha dado. Él quiere que digan con David:

1 Crónicas 29

«Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos». (1 Crónicas 29: 14)